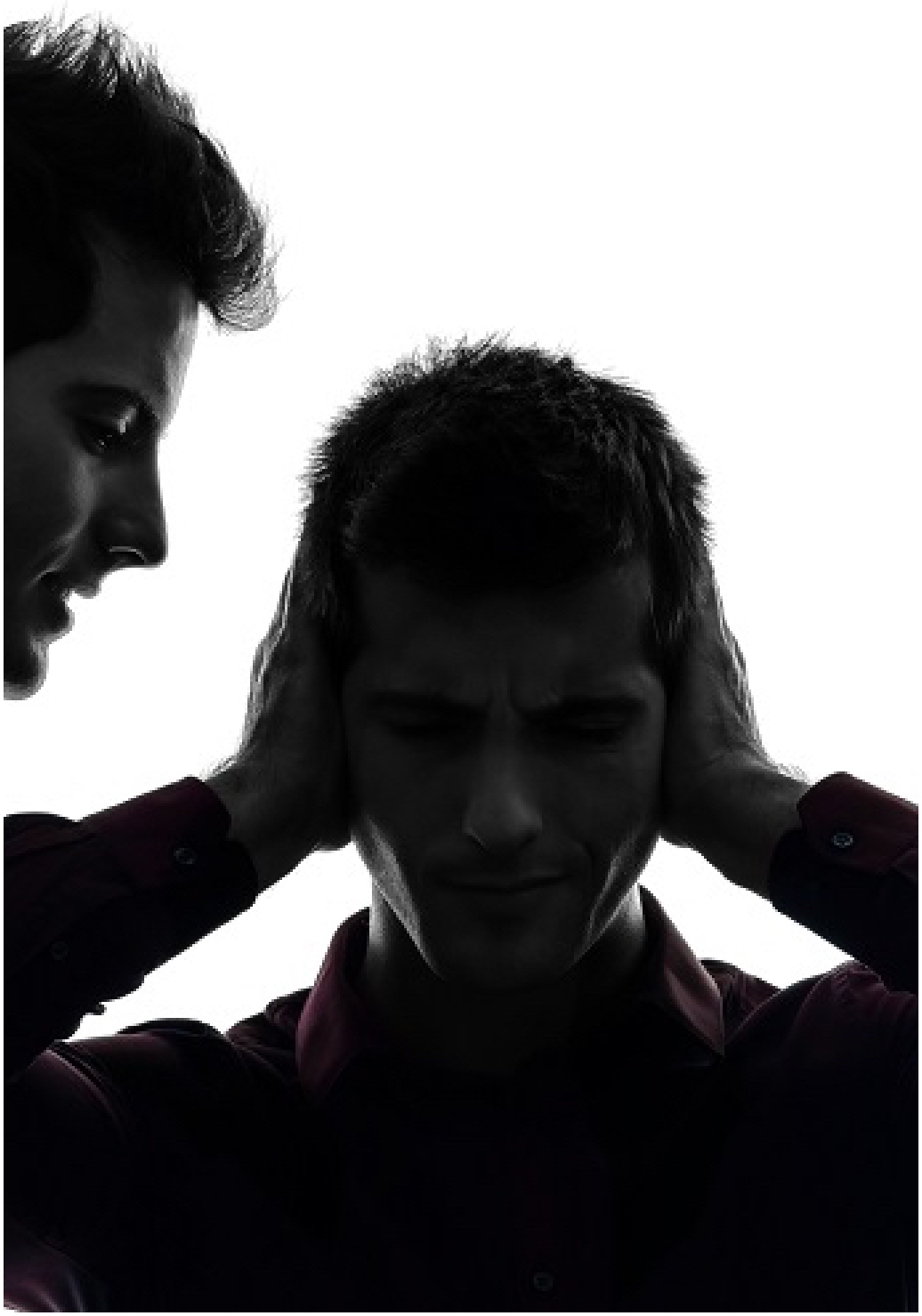
Paranoia Alex

Javier Bravo



Capítulo 1

La alarma de mi teléfono comenzó su ensordecedora melodía a las seis con cuarenta y cinco, hora de liberarse de las sábanas para ir al trabajo. Había dormido solo cuatro horas gracias al insomnio que seguía abrumándome por las noches, agregado a la excelente serie en Netflix de la que no he podido despegarme desde hace varios días. Mi mejor movida económica fue contratar esa aplicación ya que gran parte de mi tiempo libre me introduzco, con cierta satisfacción debo decir, en ese mundo digital para extraviarme durante horas y horas en las miles de películas y series que contiene. Eso te dará a entender que quizás no tenga vida social al perder tanto tiempo en ello. Pues estas en lo correcto, no la tengo. No estoy feliz por ello, pues me encantaría tener amigos con quien salir y a quienes acudir en caso de cualquier eventualidad. Creo que de todos los que llegué a tener a lo largo de mi vida, la gran mayoría terminaron por huir espantados de mi lado debido a mis alucinaciones bizarras. Lo siento Alex, intenté presentarte a cada uno de mis amigos, e intenté conservarlos para nosotros por más tiempo del que realmente fue, pero ellos jamás lograron aceptarte tal y como eras: un invento de mi imaginación. O de mi esquizofrenia.

Para que entiendan todo cuanto sucedió en mi peculiar vida, debería empezar desde el momento cuando recién tuve el “agrado” de conocerlo, y eso fue a los seis años. A esa edad fue lo mejor que me pudo haber pasado. Me acompañaba en todo momento, aceptaba jugar conmigo a la hora y en el lugar que fuera, aunque sólo se dedicara a verme como ordenaba mis figuritas de juguete para que libraran una feroz batalla, o a andar en bicicleta solo, por más que le insistía que me acompañara con la suya. Cuando mis padres me veían hablar con él me miraban con el ceño fruncido por unos segundos y después sonreían, comentándome lo feliz que me veía junto a mi amigo imaginario. Para ellos no les parecía algo anormal, y para el resto de mis amigos (de carne y hueso) tampoco. Ya les comenzó a causar extrañeza cuando cursaba la secundaria y me veían hablar con él en los recreos, o consultarle su punto de vista en algunas materias durante las clases. Recuerdo un día en que nos tocaba historia y estábamos pasando la materia sobre el golpe de estado de 1973, y la labor que cumplió Pinochet después de esos sucesos como líder de la nación. Alex, en medio de la clase quiso dar su opinión sobre el tema, y levantó la mano para pedir la palabra. Pasaron varios minutos y el profesor no se percataba de la extremidad apuntando hacia arriba de mi amigo, ni menos las ansias que tenía de hablar. Esperó tanto que llegó un momento en el que perdió la paciencia y arrojó lejos la mesa en la que estaba apoyado, para después lanzar garabatos sin filtro alguno al profesor, momento en el cual intenté calmarlo y hacerlo callar, sin mayor éxito. Todos comenzaron a mirarlo vociferar palabras obscenas a diestra y

siniestra con un miedo evidente que podía notar en sus ojos. Pero la verdad de las cosas era que no lo miraban a él, sino a mi, que me encontraba de pié contra la mesa de mis compañeros a mis espaldas, hablando fuerte y forcejeando para intentar controlar dicho ataque de histeria del personaje en cuestión, que para mi era Alex, pero para el resto, nadie. Me llevaron a la inspectoría y llamaron de inmediato a mis padres contándole lo sucedido. Ellos por supuesto tomaron la drástica decisión de llevarme a un psiquiatra para comprobar las sospechas que hace mucho tiempo tenían. El profesional no tuvo dificultades en diagnosticarme una esquizofrenia paranoide. Desde ese momento nuestra relación con Alex comenzó a caer en una crisis severa por razones obvias. Él no existía, y mis padres todos los días trataban de inculcármelo una y otra vez, hasta que finalmente tuvieron éxito. Ya en el momento en que hacía mi ingreso a la universidad, tomé la drástica decisión de no hablarle nunca más.

Pasaron los años y mi desempeño en la universidad era superlativo, reflejado por mis calificaciones y la buena opinión que tenía entre los docentes. Todo el tiempo me veía acompañado de Alex, quien no se inmiscuía en mayor medida en mis asuntos gracias a la indiferencia rotunda que interpuse ante él. Los primeros meses fueron los más duros, ya que a pesar que fuese solo producto de mi imaginación y enfermedad mental, me gustaba estar cerca de él, compartirle mis pensamientos y que siempre me diera un consejo adecuado para cada situación.

Tenía una característica bien especial que la mayoría de las veces me hacía en gracia, y otras me dejaba en ridículo frente al resto: era un tipo (si se le puede catalogar así) condenadamente fogoso. Las veces en que me topaba con chicas lindas en la universidad, se me acercaba a paso rápido para hablarme de ellas y entregaba opiniones bien detalladas acerca de sus traseros y la forma de sus pechos, principalmente en verano cuando andaban con poca ropa encima. Varias veces me puse a pensar que quizás era mi subconsciente el que me hablaba a través de él, ya que dichas opiniones tan subidas de tono y lujuriosas no llegaban a manifestarse de forma importante en mi conciencia “sana”. Me gustaban las chicas, y mucho, pero no lograba verlas como un objeto sexual, sino mas bien con un interés romántico, y la mayoría de las veces inalcanzable. Esto me obliga a mencionarles que jamás he tenido una relación con alguna, ni mucho menos relaciones sexuales. Como siempre fui el bicho raro de todos los lugares en los que ponía pie, nadie del sexo opuesto se fijaba en mí, simplemente porque ninguna pretendía estar con un tipo loco de remate.

Aparte de sus comentarios casi al borde de la pornografía, solía darme consejos acerca de cómo abordar a la gente con la que tenía dificultades de vez en vez, siendo la característica más tenebrosa que poseía mi gran amigo. Cuando en una oportunidad discutí con un compañero mientras realizábamos un informe grupal, Alex se empecinó en relatarme la forma

en la que debía asesinarlo por tan solo levantarme la voz y hablarme con prepotencia. Detallaba sin escrúpulos la manera en que debía insertarle un cuchillo cocinero en la garganta para que fuera completamente certero y lo dejara sin posibilidades de vivir. Las veces que hacía eso, un miedo insostenible solía sobrepasarme, provocando que aparecieran escalofríos que recorrían todo mi cuerpo. El temor que comenzó a abrumarme desde que inició con ese tipo de comentarios era a lo que él fuese capaz de gatillar en mí, y si en algún momento me impulsaría a hacer realidad sus deseos más atroces. Pues debo confesarles que, cuando estaba en cuarto año de universidad, las influencias de él se hicieron materiales.

Un jueves de agosto iba camino a casa después de una tarde de sesiones de laboratorio acerca de reanimación cardiopulmonar en la universidad, cuando a tres cuadras de mi casa fui asaltado por dos sujetos, que iban armados con unos cuchillos que relucían a la luz tenue del faro que iluminaba la calle cuando la noche ya se había hecho presente. Recuerdo que uno de ellos, que tenía la cara con una cicatriz antigua que atravesaba su pómulo derecho, me pidió de manera poco sutil que le entregara el teléfono celular y todo lo de valor que trajera en mí. Temblando del susto, le pude responder apenas que el celular lo tenía en la mochila, y me quité un tirante de ella para llevármela hacia adelante y poder abrirla. Lo más extraño fue que el teléfono siempre estuvo en mi bolsillo derecho del pantalón, pero fue precisamente Alex quien me dijo que se encontraba en la mochila. Al momento de abrirla me encontré en el interior, para mi gran sorpresa, con el cuchillo carnicero que usaba mi madre para limpiar la carne antes de meterla al horno, uno gigante y de buen filo. Fue ahí cuando mi amigo continuó hablando.

— Ahora sácalo con rapidez y ensártaselo en la panza. Quiero ver como caen esas tripas después de rasgársela de lado a lado.

Me quedé helado con la forma tan natural en que lo dijo, incluso con una mueca de risa y con sus ojos centelleantes. Inconscientemente, y dándole en el gusto a Alex, tomé el cuchillo, lo saqué con rapidez y se lo enterré en el pecho al sujeto que se encontraba a mi lado, sin darle tiempo para que esquivara la estocada veloz. Sentí como la hoja afilada cortaba su camiseta blanca, topaba con una costilla y se deslizaba por un costado de ella para insertarse hasta la mitad justo donde estaba ubicado el corazón. Su ropa de inmediato se empapó de sangre, y sin esperar a que el otro sujeto que se encontraba a pasos de él vigilando reaccionara, me eché a correr. Gracias a mis piernas largas y el entrenamiento de trote que venía realizando desde hace varios años en el taller de atletismo, pude alejarme rápido del sujeto que por una cuadra intentó perseguirme, para después rendirse y volver donde su amigo que se encontraba tumbado boca abajo, quizás desangrándose hasta morir. Alex tomó la palabra nuevamente mientras corría de prisa siguiendo mis pasos.

— ¡Eres un cobarde! Yo los hubiese matado a los dos ahí mismo. Nadie echaría de menos a dos pedazos de mierda como esos.

Al escuchar eso, no resistí la tentación de responderle verbalmente, cosa que no hacía hace varios años.

— ¡Ya sal de mi cabeza mierda! ¡Acabo de apuñalar a alguien y la sacaré barata si no dan con mi paradero!

Rompí en llanto, mientras Alex movía la cabeza y lanzaba una risa irónica. Llegué a la casa y me deje caer en la entrada abrumado por el terror.

— No pasará nada —dijo después—. A esos sujetos, que deben tener sus papeles muy manchados, no les conviene acudir a la policía por esto. Es muy arriesgado. Tú quédate tranquilo.

— ¿Tranquilo? ¡Como quieres que este tranquilo maldito idiota! Vete de una vez por todas.

— Esta bien, te dejare solo para que te calmes. ¡Estuvo intenso todo eso! A propósito, adoré el sonido de ese cuchillo mientras se enterraba en su pecho. ¡Estuviste fantástico amigo! —y se marchó caminando a paso relajado y silbando calle abajo—.

Después de llorar un rato me percaté que todavía tenía el cuchillo carnicero en la mano, empapado de sangre. Fui desesperado al grifo que teníamos en el jardín y comencé a lavarlo hasta que no quedó ninguna gota de la sangre de aquel sujeto en su afilada hoja. Después del intenso enjuague lo guarde apresurado en la mochila, y esperé un momento sentado en la cerámica que cubría la entrada a la casa. Por suerte mi madre no había llegado del trabajo, y mi padre se encontraba fuera de la ciudad haciendo negocios. Tuve la certeza de que nadie había visto nada de lo que ese día hice en la calle con ese sujeto, asestándole una estocada mortal por culpa de Alex; ni tampoco cómo salpicaba la sangre sobre el grifo y la hierba del jardín mientras lavaba el arma del delito. A medida que pasó el tiempo logré corroborar que nadie fue testigo de nada y mi miedo de terminar en la cárcel se esfumó, ya que la policía jamás apareció golpeando la puerta de mi casa.

Bastante tiempo después de aquel día, llegada la ceremonia de titulación no podía faltar el personaje en cuestión, ubicándose en las últimas filas del salón donde se llevó a cabo el evento, dando con energía gritos de apoyo con mi nombre. Por supuesto que nadie lo escuchó, y traté de eludirlo de la mejor forma posible, pero más que mal, fue el único que asistió a mi ceremonia. Había logrado convertirme en enfermero sin tropezar en ningún ramo, y ansiaba la hora de empezar a trabajar para salir de la casa de mis padres. La relación entre nosotros no se había

vuelto del todo agradable, debido a mis escapes de locura que cometí de vez en cuando, y que les provocaban un rechazo evidente a todo lo que tuviese que ver conmigo y Alex. Prueba de ello era la ausencia de ellos mientras me entregaban el cartón de titulado.

La gota que rebasó el vaso ocurrió poco antes de la titulación, en donde encontraron a nuestra mascota de años, Max, muerto con la cabeza girada en 180º y sus ojos colgando por encima de su hocico de unas fibras que, según mi anatomía básica, debían pertenecer a sus nervios ópticos. Ellos por supuesto me culparon de todo, pero era imposible que yo hubiese hecho algo así a Max. Era nuestro perro preferido, y prácticamente había crecido en su compañía viviendo grandes momentos juntos. Detestaba que ladrara constantemente a todo y todos los días, pero a pesar de eso le quería. Aún con esos argumentos no me creyeron, y me dieron a elegir entre internarme en un hospital psiquiátrico o mudarme lo más pronto posible para desaparecer de sus vidas. Ninguna de sus alternativas me gustó, pero opté por la que más me beneficiaría, y no estaba dispuesto a acudir a un centro especialista para tratarme lo que según mis padres era "obra del mismísimo demonio". Si Alex había sido concebido por él, entonces tenía que borrarlo por completo de mi vida. ¿Habrá sido él el que a través de mí mató cruelmente al viejo Max, sin yo darme cuenta? Después de analizarlo llegué a la conclusión que podría ser una posibilidad, y más tarde, al convencerme de que así había sido, decidí comenzar un tratamiento intensivo con el fin de deshacerme para siempre de aquellas peligrosas y bizarras alucinaciones.

Nunca me interné en un hospital psiquiátrico, pero sí inicie terapia farmacológica para mantener mi mente compensada e intentar llevar una vida lo más cerca de la normalidad posible. Una vez adaptado al tratamiento y creyendo estar lo suficientemente equilibrado, comencé mi búsqueda de trabajo. Lo más difícil sería realizar la evaluación psicológica para no demostrar mi locura y dejar en cero las probabilidades de ser contratado. Busqué en internet trucos para pasar dichos exámenes, y a la hora que me tocó dar el primero, lo pasé sin problemas. El sujeto que me entrevistó para un cargo en la Clínica San Sebastián perseveró en hacerme preguntas sobre mi enfermedad psiquiátrica, pero insistí en que me encontraba totalmente compensado, y por supuesto no mencioné nada sobre las cosas terribles que cometí mientras no lo estaba. A la semana después recibí un llamado de ellos, confirmándome en el puesto. Me volví independiente, y con ello vi desaparecer de mi vida a mis padres. Lo único que pude hacer fue entenderlos, ya que lucharon bastante tiempo contra mis locuras y todo ser humano tiene un límite. Me marché a mi departamento solitario, e intenté comenzar mi nueva vida.

El trabajo en la Clínica era bastante arduo, puesto que los pacientes que atendíamos tenían una complejidad alta y demandaban demasiado. Mis pies no pararon las primeras semanas de trabajo después de pasado el periodo de orientación, y luego de eso logré acostumbrarme poco a

poco a desempeñarme de forma más segura y efectiva. Ya a los seis meses era el amo y señor del servicio de hospitalizados.

Las relaciones laborales eran muy escasas, y me temo gracias a que aunque me encontrara compensado con el tratamiento que tomaba a diario, seguía siendo el bicho raro de toda la vida, y eso es algo que no se puede borrar con fármacos. A pesar de aquello mi jefe tenía buena opinión sobre mi desempeño, y jamás recibí una queja formal de parte de alguno de mis pacientes en contra de mis cuidados de enfermería. Trabajaba bien, y eso bastaba y sobraba para mantenerme allí.

Ya llevado un año laboral cumplido allí fue cuando hizo su regreso con bombos y platillos mi querido amigo Alex. Fue justo cuando preparaba una jeringa con medicamento para administrar a un paciente. <<Inyéctale la jeringa con aire, será divertido>> fue lo único que me dijo después de más de un año en que no lo había visto. Por supuesto que no le hice caso, hasta que me percaté que en mi mano se encontraba una jeringa cargada con aire, justo cuando me encontraba frente al paciente, quién me miró con miedo y me preguntó si me encontraba bien.

— No… no… no lo sé —fue lo único que respondí antes de arrojar lejos la jeringa y huir fuera de servicio—.

Con la mejor cara y después de un buen rato sentado en el patio de la clínica retorné a mi puesto de trabajo y le pedí disculpas al paciente.

— Mil disculpas señor. Mi mente está un poco alterada últimamente con la muerte de mi padre —le mentí—. Es muy duro.

De inmediato un rostro nostálgico hizo aparición en él, y comenzó a relatarme de lo difícil que también había sido para él la pérdida de un ser querido. Mientras lo hacía, Alex se encontraba sentado al borde de su cama mirándome con una sonrisa de complicidad de oreja a oreja.

¿Cómo era posible que todavía se encontrara presente?¿No debería de haber desaparecido con mi tratamiento después de tanto tiempo? Nunca lo entendí, e intenté hacer lo que hice durante mucho tiempo: simplemente ignorarlo.

Uno de mis colegas de la clínica logró darse cuenta de lo que me sucedía, y un día mientras almorzaba solo en el casino (como siempre lo hacía), se acercó y sentó frente a mí.

— Hola Cristian, soy Felipe —y me alargó su mano, respondiéndole con timidez—.

— Se quien eres colega. Y te sugiero de inmediato que te mantengas lo más alejado que puedas de mí y mi amigo Alex. Puedes salir herido —fue

lo único que le dije, suficiente para que tomara su bandeja de comida y saliera disparado hacia otra mesa con la cara pálida y un terror evidente. No tenía otra alternativa que hacerlo, ya que suponía que Alex haría su aparición más a menudo en mi vida de ahora en adelante, y no quería que nadie saliera herido—.

Intenté seguir mi vida normal y mi trabajo habitual con la compañía de mi amigo imaginario, a quien debo agradecer por obligarme a espantar a todos cuantos quisieron acercarse a mí e intentar ayudarme en mis últimos días de trabajo. Mis días allí estaban contados, y era algo que daba por sentado. ¿Cuánto tiempo pasaría sin que la gente hablara de lo que me sucedía, de mi actitud extraña y mi forma de eludir cualquier conversación con ellos? No mucho probablemente, pues de algún modo presentía que mis horas acompañado de Alex se encontraban en cuenta regresiva, y él también lo sabía. Pero no se iría en silencio, jamás lo hacía. Era un maldito que no cerraba nunca su boca y siempre tenía algo incómodo, sádico, asqueroso o terrible que decir, o hacer.

Después de que sonó la alarma a las seis y cuarenta y cinco, en el que sería el último día de mi amistad con Alex, me duché, bebí una taza de café frío que dejé la noche anterior sin tomar un sorbo, me puse mi uniforme clínico y partí hacia el trabajo. Durante todo el camino me fue insistiendo en que no era correcto que lo sacara de mi vida, ya que perdería mucho.

— Claro que pierdo mucho estúpido, pierdo todo lo malo que se ha hecho presente en mi maldita vida, y eso eres tú.

— Vamos, no lo dices en serio. ¿o si?.

— Muy en serio amigo.

— Ok —fue lo único que dijo, y se fue caminando por la vereda del frente hasta que lo perdí de vista.

Llegué al trabajo con una tranquilidad y seguridad a flor de piel a hacer lo que tenía pensado desde que sonó la alarma esa mañana. Hablaría con mis colegas excusándome de todo lo ocurrido, inventando la misma historia que le dije a aquel paciente que casi fue víctima de la maldad de Alex. Al entrar a la unidad, mi jefe se encontraba haciendo guardia a la puerta de entrada, y al momento en que me vio, me asió del brazo y me detuvo.

— Cristian. Necesito hablar contigo. Pasa a mi oficina por favor.

No me dio opción de responderle nada, y se echó a andar en dirección a ella. Al pasar por la estación de enfermería, todos me miraron de la forma en que toda mi vida lo había hecho la gente que me rodeaba. ¿Pena

podría ser?, ¿nostalgia?, ¿odio?. No lo sé, y nunca lo sabría, pero jamás me gustó.

— Toma asiento por favor —me invitó una vez que entramos al pequeño cuarto—.

— Estoy bien de pie, gracias. Cuénteme.

— He escuchado muchos comentarios sobre ti, y no muy buenos déjame decirte. Me contaron que…

— Se lo que le han dicho señor —no lo dejé terminar—, y créame que no es necesario que me sermonee acerca de las cosas que están pasando conmigo dentro del trabajo. He tratado de ser sincero con todo el mundo diciéndoles la verdad sobre mí y las consecuencias que pueden suceder si intentan relacionarse conmigo, pero créame que pretendo mejorarlo. He pasado tiempos difíciles estas últimas semanas, y creo estar mejor. Es difícil cuando uno pierde a su padre —le terminé de decir, con un tono de lo más convincente que pude elaborar—.

El jefe se echó hacia atrás en su asiento, y guardó silencio por un momento. Sonrió.

— Hijo, se muy bien que tus padres están vivos todavía. Mi señora los conoce, pues son amigos de la familia. Conozco tu situación muchacho, y créeme que te mantuve aquí sólo para ayudarte, como favor hacia las grandes personas que son tus padres, pero la gente que trabaja aquí ya está desesperada. No toleran trabajar más contigo. Saben lo de tu enfermedad, y te quieren fuera.

— ¿De que estás hablando? ¿Cómo pueden saberlo si no se lo he contado a nadie? —le pregunté con rabia. Comencé a perder los estribos—.

— Los chismes vuelan como el viento por estos lados, y tú lo sabes bien. No fui yo el que lo inició, alguien más lo hizo, pero ese no es el punto. Lo lamento mucho hijo, pero tengo que tomar una decisión drástica, y creo que sabes cual es.

— ¡No! ¡No puedes! —exclamé golpeando la mesa del escritorio. Él se echó hacia atrás alejándose de mí, pálido y con gotas de sudor en su frente—.

— Me temo que con tu condición no podrás seguir aquí Cristian. Lo siento mucho, estas despedido.

Aquella última frase retumbo unas veinte veces dentro de mi cabeza, hasta que mi amigo imaginario salió en mi defensa. Temí que nunca lo

haría, y jamás había anhelado tanto que apareciera a hacer lo suyo. Tomó la lapicera dispuesta en el escritorio del jefe y la hundió con efectividad a un costado del cuello, donde se encuentra la vena yugular. Mi jefe aleteó con desesperación en su silla mientras gorgoteaba sangre para todos lados: encima de los papeles del escritorio, sobre la pantalla del computador, en el piso, en las paredes, y hasta en mi rostro, el cual no se inmutó ante la lluvia roja que caía desde la herida del señor Allamand. Mientras tanto, Alex reía y levantaba los brazos victorioso por lo que acababa de cometer.

— No me lo agradezcas mi amigo —me dijo pasándome la lapicera ensangrentada, la cual tomé sin titubear—. Ese jefazo tuyo me tenía las pelotas hinchadísimas. Ahora di junto conmigo "¡Chao jefe!". Como en el comercial, ¿recuerdas?.

Le hizo un gesto de despedida con la mano a mi jefe mientras continuaba desangrándose, y salió por la puerta corriendo. Le hice persecución, y cuando salí de la oficina escuché los gritos de unas compañeras de trabajo que estaban escuchando tras la puerta todo lo que sucedía entre el jefe y yo.

— ¡Oh dios mío! ¡Deténganlo! ¡Llamen a la policía! —fue lo primero que oí antes de perderme por el pasillo, persiguiendo a Alex que me llevaba unos cuantos metros de ventaja—.

Ambos salimos de la clínica y corrimos calle abajo por la avenida Seminario. Después de muchas cuadras noté que se había detenido en un parque pequeño al costado de un edificio alto y antiguo. El lugar se me hizo familiar de inmediato.

— Acabemos con esto de una buena vez —le dije a Alex con una calma que de pronto me abordó, al recordar con claridad el lugar en el que me encontraba: la plaza en donde lo conocí por primera vez. Él quería marcharse—. Es hora de que te vayas para siempre mi amigo.

Se sentó en un banco y cruzó los brazos, mirándome con una facie tranquila y alegre.

— Sabes que eso no es posible, Cristian. Somos uno solo, y si acabas conmigo, lo harás contigo también.

— Lo sé Alex, pude comprenderlo hace poco en la oficina. Creo que mis deseos son órdenes para ti, y las obedeciste de inmediato. Quise muerto a mi jefe por todo lo que me dijo, e hiciste el trabajo por mí. No me di cuenta de todo eso hasta ahora. Aún no puedo creer que haya querido ver muerto a mi perro Max —finalicé sentándome junto a él en el banco—.

— Siempre me dijiste que ese perro te tenía aburrido de sus ladridos todo el día, y de que destrozara las ruedas de tu bicicleta, ¿recuerdas?.

La memoria no era mi fuerte, y habían demasiadas cosas que no recordaba, o no quería recordar probablemente.

— No lo recuerdo amigo, pero te creo. Tienes la razón en todo.

La misma lapicera con la que Alex casi le fabrica una traqueostomía a mi jefe, que se encontraba en mi mano derecha, quise utilizarla como soplo que apaga la llama de una vela. La llama era mi amigo imaginario, y la vela desde donde ardía, era yo. La ubiqué sobre mi pecho, a la altura del corazón, y la golpee de tal manera que hizo su rápido ingreso por entre mis costillas, justo hacia el corazón. Miré hacia el frente, y Alex hacía su despedida agitando la mano al viento, con unas lágrimas cayendo por sus mejillas.

— Adiós amigo. Que te vaya bien —le dije, y me desplomé cayendo en una oscuridad total—.

Desperté acostado en una cama del hospital días después, esposado a las barandas de ella. Allí el médico me relató que la lapicera milagrosamente esquivó el corazón y sólo perforó mi pulmón izquierdo, causándome una hemorragia en la zona que casi me envía a la muerte. Pero me había salvado. ¿Alex lo había hecho también?.

Después de unos días más hospitalizado, fui dado de alta y enviado directamente al hospital psiquiátrico de la ciudad, donde cumpliría mi condena por el asesinato de mi jefe, el señor Patricio Allamand. Veinte años de cárcel se me habían declarado en un inicio, pero mi abogado declaró demencia en base a mi enfermedad mental, y se me permitió cambiar las barras de fierro por contenciones en una cama e inyecciones de medicamentos que me traían dopado todo el día.

El pasatiempo que descubrí después de largos y aburridos años encerrado en ese lugar ha sido esta historia, que por más que suene extraña y un tanto sanguinaria, es mi vida relatada en unas pocas palabras, y tardé tan solo unas semanas en escribirlas. He esperado por muchos años a que Alex vuelva a aparecer un día, a charlar sobre los senos de la enfermera que me da los medicamentos o de la forma en la que le gustaría que matara a la recepcionista del servicio. Extraño al malévolo y desquiciado amigo de toda la vida, pero temo que jamás llegará. Tomó su rumbo cuando intenté hacerlo con él, y necesito ir donde quiera que se encuentre, pues ha sido el único amigo que siempre tuve, y no quiero vivir más en este mundo que insiste en mirarme de forma extraña y dejarme siempre en una soledad que no deseo tolerar más.

FIN